

A 40 años del silencio de acero

■ ■ Alberto Casillas Hernández*

El 9 de mayo de 1986 no murió solamente una empresa. Aquella fecha partió en dos la memoria industrial de Monterrey. Ese día, en un juzgado lejano de la capital del país, se decretó en frías hojas judiciales la quiebra de la gigantesca Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey. Pero mientras en los escritorios gubernamentales se hablaba de deudas, productividad y tecnología obsoleta, en el norte del país se apagaba algo mucho más profundo: una forma de vida.

La decisión ya estaba tomada desde meses atrás. Desde enero de 1986, cuando Fernando Hiriart entregó al presidente Miguel de la Madrid el reporte sobre la industria siderúrgica nacional, el destino de Fundidora parecía escrito. Trescientos millones de dólares de deuda externa, problemas sindicales, rezago tecnológico y una economía nacional golpeada por las devaluaciones fueron los argumentos que sellaron la suerte del llamado “elefante de acero”. Pero ningún informe técnico podía medir lo que realmente significaba Fundidora para Monterrey y para miles de familias del norte de México.

Porque Fundidora no era únicamente una siderúrgica. Era el silbato que marcaba las madrugadas de la ciudad. Era el resplandor azul del Horno Alto Núm. 3 iluminando la noche regiomontana como un faro de fuego. Era el ruido del acero naciendo entre chispas, sudor y disciplina obrera. Era el orgullo de entrar a trabajar donde habían trabajado el padre, el abuelo y el hermano mayor. Fundidora fue escuela, maternidad, barrio y destino.

Miles de hombres y mujeres provenientes de Nuevo León, Coahuila, San Luis Potosí, Zacatecas, Tamaulipas y Durango encontraron entre aquellos

hornos una oportunidad para transformar su vida. Ahí crecieron generaciones enteras bajo una identidad obrera profundamente regiomontana, donde el trabajo duro era una forma de dignidad.

Muchos aprendieron a leer en las escuelas “Adolfo Prieto”. Otros nacieron en la maternidad de la empresa. Algunos encontraron becas para estudiar y romper las barreras sociales de su tiempo. La historia de la acerera terminó por mezclarse con la historia íntima de miles de familias. Por eso, cuando la noticia llegó a Monterrey el 9 de mayo de 1986, no se sintió como el cierre de una fábrica. Se sintió como un duelo colectivo.

Las llamaradas del horno dejaron de verse. El silbato dejó de sonar. Y la ciudad comprendió, quizá por primera vez, el tamaño del vacío que dejaba aquella mole de acero. Sin embargo, cuarenta años después, Fundidora sigue viva. Vive en la memoria de los antiguos trabajadores que todavía recuerdan el calor infernal de los hornos y el orgullo de portar el uniforme acerero. Vive en los hijos y nietos que heredaron fotografías, historias y una ética del trabajo forjada entre acero líquido y jornadas interminables. Vive en los investigadores, archivistas e historiadores que se sumergen en sus documentos para reconstruir no solamente una empresa, sino el nacimiento mismo de la industrialización del norte de México.

Porque Fundidora no desapareció del todo. Sobrevive en sus anales, en sus planos, en sus expedientes técnicos, en las nóminas amarillentas y en los edificios, chimeneas y máquinas herramientas donde aún puede escucharse el pulso de una época que creyó en el progreso industrial como motor de nación.

Sobrevive también en símbolos que parecieran pequeños, pero que contienen una memoria gigantesca. Uno de ellos es el Elefante de Acero de la Facultad de Contaduría y Administración Pública de la UANL, heredero silencioso de aquella identidad

* Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y maestro en Humanidades, Línea Formación Docente (especialidad Gestión del Patrimonio Cultural) por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Jefe del Archivo Histórico de Fundidora y autor de diversos libros sobre la siderúrgica y patrimonio industrial.



Fundidora en pleno auge, s.f. Cortesía del Archivo Histórico de Fundidora.

obrero y educativa construida por la siderúrgica. No es casualidad que el contador Ramón Cárdenas Coronado —hijo de trabajadores de Fundidora y becado por la empresa— terminara fundando una de las instituciones académicas más importantes del norte del país. Fundidora también fabricó profesionistas, maestros y ciudadanos.

Y quizá ahí reside su legado más profundo. No solamente produjo acero, también produjo movilidad social, identidad colectiva y ciudad. Hoy, cuando los antiguos terrenos industriales son recorridos por familias, ciclistas y visitantes, pocos imaginan

que debajo de esos senderos aún late la memoria de miles de obreros que levantaron con sus manos el Monterrey moderno. Cada rincón del antiguo complejo industrial guarda ecos de aquel tiempo en que la ciudad respiraba al ritmo de los hornos altos.

El 9 de mayo sigue siendo una herida, una cicatriz industrial y emocional, pero también es una fecha para recordar con orgullo. Porque, aunque los hornos se apagaron, la memoria siderúrgica jamás pudo ser extinguida. Fundidora Monterrey dejó de producir acero en 1986, pero continúa produciendo identidad, nostalgia y orgullo cuarenta años después.



El valor social de Fundidora, a través de sus trabajadores, es incalculable. Cortesía del Archivo Histórico de Fundidora.

